

ras é imágenes de Dios, sino por estar en ellos escondida su inmensa majestad, al modo que está con una cortina cubierto un relicario. Por eso llama Isaías á Dios *escondido*: no porque esté Dios en lo interior y no en lo exterior de las cosas, porque no menos está en la más exterior superficie dellas que en sus entrañas más ocultas, sino porque estando aun en los rayos del sol más visibles, Él está invisiblemente con sumo secreto y silencio; pero está en realidad de verdad en todo, llenando más al mundo que las mismas naturalezas dél. De suerte que á San Francisco más le parecía que todo el mundo era Dios, aunque no lo es, que no que es mundo; y así repetía muchas veces: «Dios mío, y todas las cosas», porque Dios está en todas, á Dios veía en todas, y Dios le parecía el sér de todas, porque ellas casi no son; aunque vemos casas, calles, personas, campos, ríos, árboles, animales, le parecía que más se podría llamar todo lo que veía *Dios*, que no lo que parecía, porque más está Dios en las cosas que ellas en sí mismas. Y así, cuando miramos las criaturas, no tanto las habíamos de mirar á ellas, cuanto á Dios, que está dentro y fuera de ellas. Siendo esto así, ¿qué brutalidad es, qué desagradecimiento, que no topemos con Dios, encontrándole siempre, que no advirtamos en Él, topándole en cuanto hay, que no le miremos estando en todas las cosas? Para declarar más esto, quiero fingir este caso. Si Dios no fuera inmenso, de modo que no estuviera en todas partes, sino sólo en tres ó cuatro cosas del mundo, del modo que ahora está en todas, ¿qué reverencia, que respeto tendríamos á aquellas en que se hallase Dios? ¡Cómo las reverenciaríamos como preciosísimas reliquias de la Divinidad! Tendríamoslas como unos sagrarios santísimos. Pues no ha de perder Dios por ser más. No por estar en todas siendo inmenso, ha de ser menos respetado en cada una. Esto

nos ha de causar respeto de nuestros hermanos, en quien sabemos está tan gran Señor, y mucho más del mismo Dios, que tan cerca y presente tenemos. Y si fuera enorme atrevimiento en la presencia de un Príncipe quebrantar su ley, ¿qué será á la vista de Dios despreciar sus mandamientos?

## CAPÍTULO XII

*Comiézase á tratar de las condiciones de la Hermosura que señalan los platónicos. Trátase aquí de la eternidad.*

## I

Hemos dicho de las condiciones de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que son los de la escuela de Aristóteles. Digamos ahora de las propiedades de lo hermoso que ponen los platónicos<sup>1</sup>, los cuales, siguiendo á Sócrates, se levantan sobre toda materia y cuerpo, colocando la verdadera belleza en lo más puro del espíritu, no en la materia mudadiza ni en cuerpos corruptibles, sino es en lo que es constante y perenne; y así señalan por principalísima condición de lo hermoso la perpetuidad y permanencia, sin temor de acabarse; porque es gran mengua y tacha de lo que es digno de amor haber de perecer. Porque si sólo faltar una parte á lo hermoso lo afea todo, ¿qué disonancia será que, no sólo algunas partes, sino todas le falten, faltando todo ello? Y como la hermosura de suyo es naturalmente amable, y faltando lo amado atormenta á los que lo aman, fuera impiedad de la naturaleza si no se hallase la mayor hermosura en lo más constante y permanente, porque fuera tener en cruz los corazones y condenarlos á tantos tormentos y penas cuantas veces falta lo que aman ó conocen puede faltar. Por esto

1 In Plat., *Symposio ex eo Dionys*, cap. *De Divin. nom.*

condenó Tibulo á sus dioses de que no hubiesen dado orden de eternizar la hermosura, llamándolos crueles porque habiendo modo de renovarse una culebra cada año, no le haya de perpetuar lo hermoso. Engañóse, porque la verdadera Hermosura eterna es; y así como Dios todo es Hermoso, todo amable, todo Él es eterno; y está tan lejos de tener este lunar y mengua de poder faltar y acabarse, que no sólo no podrá faltar, pero ni pudo. Tan lejos está de fenecer, que ni pudo empezar. Tanto dista el fin de su naturaleza, como distó el principio, pues siempre será y siempre fué y siempre es. Por lo cual dijo David <sup>1</sup>; «Antes que se hiciesen los montes, antes que se formase la tierra y todo el mundo, desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios». Y en el Éxodo se dice <sup>2</sup>: «El Señor reinará por una eternidad, y más allá». No puede acontecer que perezca aquel Sér que necesariamente vive. Este es gran privilegio de la Divinidad, que no tenga advenedizo ni contingente su sér. Por lo cual dijo San Hilario: «No le es á Dios accidental el sér, sino subsistente su verdad, y permanente». Todas las demás cosas les es contingente ser ó no ser, porque pudieron dejar de ser, ó después de recibido el sér pueden perecer. Sólo Dios es un Sér necesario, que da á las demás cosas el sér cuando son, y el poder ser antes que fueran. ¿Á quién no pasma esta grandeza, que Dios necesariamente será, y siempre será Dios, y que necesariamente fué y siempre fué Dios? Extendamos los ojos del alma por los años eternos, por los siglos de los siglos: contemos una eternidad y otra, y, como habló Daniel, perpetuas eternidades; á toda consideración vence la eternidad de Dios, que siempre será, y siempre fué, y necesariamente es, será y fué. Ni hubo punto en que Dios fuese posible antes que fuese, anticipándose tanto su actual exis-

1 Psal. 89.

2 Exod., 15.

tencia á la posibilidad de las demás cosas, que para ser ellas posibles necesitaban de la existencia de Dios, cuyo Sér es tan necesario, que no esperó un momento para ser: porque siempre fué, antes de todo tiempo, antes de todos los siglos, antes de todo espacio, antes de cuanto puede alcanzar el pensamiento. Piense uno millones de millones de años que se hubiesen pasado; piense otros tantos millones de millones de siglos corridos ya; piense otros tantos tiempos; piénselos doblados, y multiplíquelos millones de millones de veces: más antiguo que todos fué Dios, muchos más siglos antes que arenas hay en el mar, y fué una eternidad antes, y siempre fué Dios.

Esta gloria de haber sido eternamente es tan grande, que varias veces se hace ostentación della en la Escritura sagrada; y así, cuando el Señor se apareció á San Juan <sup>1</sup>, tan admirable y resplandeciente, que parecía su rostro un sol cuando más claro y hermoso está, traía para mayor ornato de su majestad y resplandor el cabello de la cabeza todo tan cano y blanco, que no parecía sino de nieve. Otra vez que se mostró al profeta Daniel con igual ostentación y majestad, fué también trayendo la cabeza toda cana, porque era todo su cabello como una lana blanquísima y limpísima. Todo esto fué para mostrar esta única gloria de la Divinidad, de haber tenido sér eternamente ante todos los días y tiempos. Y así llamó Daniel á Dios por grande renombre, «el antiguo de los días». Y San Dionisio <sup>2</sup> «El principio y medida de los siglos, y la entidad de los tiempos, y el evo de los entes; Él es el siglo de los siglos ante todo siglo». El mismo Señor, para dar á entender su infinidad y suma majestad, lo ha hecho por este admirable atributo de la eternidad. Por el profeta Isaías, captando primero la atención, como quien quiere decir una

1 Apocal., 1.

2 Dionys., cap. 5. *De divin. nomin.*

cosa de gran consideración, dice <sup>1</sup>: «No daré á otro mi gloria. Oídme, Jacob é Israel, á quien yo nombro. Yo el mismo, yo el primero y el postrero»; significando por estas últimas palabras la gloria de haber sido ante todas cosas, y haber de ser después de todas ellas, porque ni tuvo principio ni tendrá fin, y así es el primero de todo, y el último de todo, y su eternidad es el fundamento de todos los días, años, y siglos, y tiempos y duraciones: porque si Dios no fuera desde la eternidad, nada fuera, ni aun pudiera ser: y si no hubiese de vivir por una eternidad, ninguna cosa pudiera durar siempre. La misma gloria de su infinito Sér repite por Isaías <sup>2</sup> otras dos veces, y otras tantas por San Juan <sup>3</sup>, blasonando, como con mucha razón puede, que Él es el Señor, que es el primero y postrero, el principio y fin de todo.

## II

Es sin duda que es Dios digno de infinita reverencia y estimación por este atributo de la eternidad. Lo uno, por haber sido sin principio, y ante todo principio; lo otro, por haber de ser sin fin, y después de todo fin: porque dos causas hacen de grande estimación las cosas, aunque ellas tengan en sí poco valor. La una es la antigüedad, porque naturalmente estimamos con un cierto género de veneración lo antiguo. Ni en la nobleza hay cosa de mayor gloria que la antigüedad, y cualquier memoria de muchas años respetamos, y á los mayores en edad damos veneración y mejor lugar, aunque de menos partes y caudal que otros: porque este título de antigüedad, casi por instinto natural, todos le preferimos y reverenciamos. Parece que la misma naturaleza nos dicta en esto cuánto debemos reverenciar á Dios, pues no sólo es el más antiguo de todas las cosas,

1 Isai., 43.      2 Isai., 41, 4 y 44, 6.      3 Apoc., 1, 18 y 22, 12.

sino eterno antes de toda antigüedad y tiempo; porque aunque Dios no nos hubiera criado, ni fuera tan infinitamente perfecto y cabal en todos sus atributos, por sólo ser la primera de las cosas, la más antigua, la eterna, se le debía una suma reverencia y respeto. Pero siendo Él nuestro Criador, y siendo tan perfecto y hermoso, ¿qué se le deberá por esto, y por ser eterno? No hay humillación que sobre, ni adoración que baste, ni servicio que sea cumplido, ni estimación que sea bastante, ni amor que no sea corto.

La otra causa de estimar mucho las cosas es su duración, porque da grande realce á cualquier cosa su firmeza y constancia; ni es menester otra razón, porque el vidrio sea menos precioso que el oro, sino porque es más frágil: y generalmente, al paso que una cosa tiene más segura su perseverancia, tanto más estimable es. Pues como el Sér divino sea tan firme y sólido que ha de durar eternamente, ni haya fuerza criada, ni increada, que le pueda disminuir, dále una infinita estimación su eternidad, y en su comparación no hay cosa de estima, porque todas las demás, ó son caducas, ó defectibles; sólo á Dios repugna el perecer ó faltar. Los cuerpos son mortales, y se corrompen y acaban; los espíritus pueden acabarse, porque, en suspendiendo la Omnipotencia divina el concurso de su brazo poderoso para conservarlos, se resolvieran en la misma nada; sólo Dios tiene seguro su Sér, y le es su misma esencia vivir y durar, y ser inmortal, y haber de ser eterno.

Puédese también echar de ver la gloria deste atributo, por el apetito general que han tenido los más afamados hombres del mundo de eternizarse; y ya que ellos hayan de morir, dejar memoria inmortal de sí, la cual estimaron más que la misma vida. No es creíble á los peligros que por esto se pusieron los romanos, los trabajos que por esta

causa pasaron, las muertes que, pretendiendo esto, tragaron, estimando más la eternidad de su nombre que la substancia de su vida y cuanto en el mundo poseían. ¡Oh cuánta es la alteza de la Divinidad, cuán superior es á todo, pues no sólo su nombre, sino su misma substancia, y vida, y bienaventuranza, es eterna! No pudo la ambición llegar á imaginar mayor felicidad ni honra que la de una memoria inmortal. ¿Qué gloria será la de la naturaleza divina haber de ser su misma existencia, omnipotencia, inmensidad y hermosura eterna? ¿Y qué honra y autoridad el haberlo sido? Porque en la eternidad de Dios se juntan estas dos causas de estimación: la inmortalidad y la antigüedad. Si el dejar después de uno muerto un sustituto ó sombra en la fama de su nombre, que no es más que saberse que tal hombre hubo, fué esto el grado último de honra á que aspiraron tantos filósofos y capitanes famosos, ¿qué gloria será la del ser eternamente por su misma substancia y esencia? Que si bien aquel apetito de fama inmortal fué desordenado en unos hombres llenos de vicios, indica la grandeza que es de suyo la eternidad de quien por su naturaleza la tiene.

Gocémonos deste bien de Dios, que no se nos ha de acabar lo que nos está tan bien, que es blanco de nuestra bienaventuranza tanta hermosura y tan eterna. Seguros estamos que no se nos morirá quien tanto bien nos ha hecho en vida y hará después de muertos á los que le amarán. Este es buen empleo de nuestro corazón, amar una hermosura que no ha de perecer. ¡Oh qué necios andamos si ponemos nuestra afición en otra cosa caduca que faltará al mejor tiempo, y con su falta vendrá nuestro tormento! Demos que hayas gozado de todos los deleites del mundo, que hayas alcanzado todas sus honras, que hayas sido coronado en todos sus reinos; todo es caduco; y en acabándo-

se esto, ¿qué tendrás sino pena y dolor, y tanto mayor tormento cuanto tuviste antes mayor gusto? Cuanto más dulce fué la posesión, tanto más amarga será su pérdida. Digno por cierto es que desprecies lo que es más poderoso para afligirte que provechoso para alegrarte. Más pueden los bienes de la tierra entristecerte pereciendo, que contentarte durando. Ellos son limitados en su cantidad, y faltos en su seguridad: mas Dios es inmenso en su grandeza, y eterno en su posesión: á Él sólo debes amar siempre, pues á Él sólo puedes gozar siempre. Él es la verdadera hermosura y únicamente amable, pues es única y esencialmente durable.

## III

Pero para que veamos cuánto hermosa á la Hermosura divina su eternidad, consideraremos más en particular qué es este atributo; por el cual veremos que se llegan al infinito bien nuevos géneros de infinidad. Definen los teólogos á la eternidad, conforme con Boecio<sup>1</sup>, que dice ser «una posesión total, y de por junto, y perfecta, de una vida que no tiene términos». En esta definición se da bastante á entender que la grandeza de la eternidad no es sólo tener una vida sin términos, que ni tope con principio, ni encuentre con fin, siendo interminable por entrambas partes, precediendo á todo tiempo y siguiéndose después de todos los tiempos. No es sólo esto la gloria y bien de la vida eterna de Dios, sino que añade al bien de tan inmensa duración el modo de gozarse, que es de por junto y totalmente. Por eso algunos figuraron á la eternidad en forma de una virgen hermosísima, pero con tres cabezas, y abarcando con las manos una gran esfera de oro; porque fuera de equivaler á las tres diferencias de tiempo,

<sup>1</sup> Boet., lib. 3 *De Consol.*

pasado, presente y futuro, significados en otras tantas cabezas, comprende de por junto cuanto hay de bien en el mundo. No es la eternidad como nuestra vida, que no durando sino sesenta ó setenta años, no se puede gozar junta, sino por partes: porque los gustos de los mozos no se pueden gozar cuando viejos, ni la flor de la niñez se conserva en el tiempo de la juventud, ni el color de la juventud permanece en el estado de varón, ni en éste está la gravedad de la vejez. Tiempos diferentes son menester para diferentes partes de los bienes temporales: porque así como el tiempo tiene unas partes después de otras, así también todas las demás cosas que se miden con el tiempo tienen una parte después de otra. Por esto más atrae la hermosura de los niños que la de los adultos, y la gracia de los mancebos que la decencia de los varones ó la madurez de los ancianos. La eternidad no divide sus bienes por partes, sino los compone todos juntos. Sin duda fuera de mayor admiración la hermosura que en un mismo tiempo compusiera lo que hay mejor en todas las edades; de suerte que conservara el agrado de la infancia junto con la flor de la puericia, y el vigor de la mocedad, y el decoro de hombre, y la autoridad de anciano. Pues esto, que no puede hacer el tiempo, hace la eternidad, que cuanta hermosura, gracia y bienes se pudieran tener en millones de millones de siglos, los junta en cada momento, y así añade á cada bien que se allega nueva infinidad. ¡Oh cuán inmensa diferencia hay entre la vida de las criaturas y la del Criador! La vida de las criaturas es cortísima, y esa no la vive de por junto: la vida del Criador es larguísima, y siempre la vive toda entera. La criatura, en cuanto vive, no se puede decir sino que vive un instante: porque la demás vida, ó está pasada ya, ó está por venir: el Criador, al contrario, cada instante que vive, vive una

eternidad; esto es: con la vida, conocimiento, sabiduría, voluntad, amor, gozo y determinaciones que ha de tener en toda la eternidad. No se puede decir que el tiempo que ha vivido Dios hasta aquí ya es pasado; ni se puede decir que lo que ha de vivir aún no ha venido, porque todo lo tiene de por junto: pues todo lo que llamamos nosotros vida pasada y vida futura, toda la vive Dios junta y á la par; y así, todas sus felicidades y gozos los tiene de por junto cada momento: al contrario del hombre, que lo que gozó en los años pasados ya no lo goza de presente, ni lo que ha de gozar después lo goza ahora. Mas Dios, por su eternidad, todo lo tiene siempre, y así no siente mudanza, ni tiene menos un día que otro, ni fué mancebo, ni se hace viejo: por que no pasa día por Él, pasando su eternidad por todos los días, y años y siglos. Porque á la manera que toda la inmensidad divina encierra en cada punto toda la grandeza de Dios, que sin término ni límite se dilata por todas partes, así también encierra en cada momento la eternidad á toda la duración y vida de Dios, de suerte que cada instante la posea toda. Porque así como la inmensidad se há con un punto de lugar, así la eternidad se há con un punto de tiempo. Por lo cual pide la eternidad que todo pensamiento, toda aprensión, todo consejo, toda deliberación, todo juicio, toda voluntad, todo decreto, todo amor, todo gozo, toda felicidad, todo complacimento, finalmente, todos los actos de entendimiento y voluntad que pudieran caber en Dios por tiempo infinito, hayan estado en El, y estén, y estarán en cada momento: bien al contrario de la criatura, que para tener unos actos, cesa otros; mas esta mengua no permite la grandeza de la eternidad, que junta todo y en un instante pone cuanto cabe en tiempo infinito.

Esto es una gloria incomparable del Sér infinito, si se

hace concepto dello, porque verdaderamente muestra la infinita capacidad de Dios. Porque si hubiese de tener de nuevo los actos de las cosas referidas, ¿cuántos fuera necesario que tuviese por tiempo infinito? Por cierto serían necesarios fuesen muchas veces infinitos, sin número ni tasa, pues con la eternidad los tiene todos á una, y comprende todos juntos desde que fué Dios, que es sin principio ni origen; porque ni un punto pudo ser Dios sin que los tuviese todos de un golpe y estuviese hermo-seado con todos ellos. Y quien viese á Dios en cualquier momento, le gozaría tan perfecto, tan sabio, tan providente, tan hermoso como fué cien mil años antes, y será después de otros cien mil: porque siempre está en una perpetua vida, y hermosura, y flor, y plenitud de perfecciones, no pasando día por Él. Por lo cual llama San Pedro *día* á la eternidad, y David la llamó *hoy*, porque no pasa día por ella, no hay en toda su duración mañana ni ayer, pasado ni futuro, sino un perpetuo día, un eterno hoy, teniendo sus bienes todos presentes, y equivaliendo á cuantos días hay, y meses, y años, y siglos, y tiempos, y estándose Dios permanente en ella con toda la flor y gloria de su hermosura, pasan por ella, y corren todos los tiempos y siglos reales, posibles é imaginarios. Admirado desto San Agustín, dice, <sup>1</sup>: «Sumo eres, Señor, y no te mudas, ni en ti se acaba el día de hoy, y con todo eso en ti se pasa, porque en ti son todas las cosas, las cuales no tuvieron modo ni camino de pasar si tú no las contuvieras. Pero porque tus años no faltarán, tus años son el día de hoy. ¡Cuán muchos días nuestros y de nuestros padres han pasado por tu hoy, y dél recibieron el haber sido, y pasarán aún otros muchos y recibirán sér! Pero tú eres el mismo, y todo lo de mañana y más adelante; todo lo de ayer, y más atrás;

<sup>1</sup> August., lib. 1, cap. 6, *Conf.*

hoy lo harás, hoy lo hiciste. ¿Y qué importa si alguno no entiende esto? Gócese diciendo: ¿Qué es esto? Regocójese, y ame, y quiera más hallarte no entendiéndote, que entendiéndote no toparte».

## IV

Para que entendamos la infinita capacidad deste hoy de Dios y día de la eternidad, se ha de suponer que así como la infinidad de Dios es fundamento de todas las naturalezas posibles, y equivale y sobrepaja á toda la perfección dellas; y también por la inmensidad es fundamento de todo lugar posible, y equivale y traspasa á toda latitud y longitud imaginable, así también por la eternidad es fundamento de todo el tiempo, y equivale y vence á toda duración posible é imaginable. Porque si no fuera Dios infinito, no hubiera criaturas posibles á quien por su omnipotencia se comunicara; y si no fuera inmenso, no hubiera ni pudiera haber lugar; y si no fuera eterno, no hubiera tiempo, ni le pudiera haber: porque es tan grande Dios, que depende dél, no sólo lo que es, sino lo que no es, y sólo puede ser; no sólo lo existente, sino lo posible é imaginable, y Él sobrepaja sobre todo; y así como su infinidad es más que cuantas naturalezas hay ó puede haber, y su inmensidad es más que cuantos lugares y espacios hay ó se pueden imaginar, así el día de su eternidad es más que cuantos años y tiempos son posibles ó imaginables. De donde se sigue que es la eternidad larguísima sobre toda longitud, y brevísima sobre toda precisión; porque no es más que un día, un hoy y un momento. Pero este hoy y este momento durará más que cuantos siglos y tiempos son imaginables: y durando tanto, contiene, y para que lo digamos así, repite cada instante y punto el bien de una infinita duración. En lo cual se acrecientan dos incomparables bienes á la infi-

nita Hermosura de Dios, esto es, otras dos como infinitades: porque fuera de ser ella en sí infinita, y tan digna de ser amada, que sólo por gozarla y verla un instante se podrían dar por bien empleados un millón de años de tales penas, como ser ateneado ó estar ardiendo en vivas llamas, por ser ella en sí bien infinito; y cualquier tormento medido por el tiempo, como limitado y finito, desigual á ella por ser eterna, adquiere en su bien nuevo género de infinidad, pues el tiempo y duración da nueva estimación á las cosas, y una duración infinita acrecentará infinitamente la bondad adonde se llegare, sin temor de su menoscabo. Y sobre esto se añade que es tal género de duración, que está toda en cada momento, y como repetida en cada punto, cuanto es en toda su existencia: y como su existencia es infinita, se acrecienta á su bien y gozo, como un nuevo género de infinidad: porque no sólo gozamos de una Hermosura infinita, sino infinitamente, porque ha de ser por infinito tiempo, y por cierta manera, de un infinito modo en cada momento, desde infinito tiempo: ¿qué será gozar de lo infinito de infinitas maneras? Gocémonos, pues, que Dios sea tal, que se pueda gozar deste y de mil modos y maneras, y que nos comunicará su gozo, para que con seguridad gocemos de su Hermosura, y la gocemos tan llena y eternamente. Corrámonos y avergoncémonos que hayamos puesto los ojos ó la afición en cosa de la tierra, y de tan desdichada y miserable hermosura, que pueda perecer y no pueda poseerse y gozarse eternamente.

Amemos sólo al Eterno, y amémosle eternamente, pues su Hermosura no se marchitará, ni su Amabilidad faltará, ni su Omnipotencia desmayará, ni su Voluntad se mudará, que es de premiarnos por toda una eternidad los servicios que en breve tiempo le hiciéremos. Eterna es su Hermosura, para alegrarnos con su vista; eterna es su Amabilidad,

para ocupar todo nuestro corazón; eterna es su Omnipotencia, para hacernos todo bien; eterna es su Voluntad, para querernos y amarnos, porque le amemos siendo tan debido. Eternamente nos amó el Eterno, y es cosa muy justa que sea ya tiempo de amar al que nos amó antes de todo tiempo. Vos me amasteis ¡oh Rey mío! antes que yo fuese, y desde que Vos fuisteis. Toda una eternidad me estuvisteis amando: ¿cómo es esto, que no recompense con el fervor lo que me falta de tiempo, sino que antes, ni de mi amor, ni de mi vida os dé la mitad? ¡Oh, Señor, y cuánto os lo debo, pues tanto há que me amasteis cuanto há que á Vos mismo os amáis! Mucha razón fuera que os amara infinito en tiempo y en intensidad. Vuestro amor es eterno, es infinito; y si amor con amor se paga, pues no os amo infinitamente, ni os he podido amar siempre, os quedo á deber infinito, siendo yo tan limitado. No sé, por cierto, cómo á mi amor tan estrecho me atrevo á partírlle para dar parte dél á bien criado. ¿Cómo, Señor, lo que es poco todo entero para Vos, lo podré dividir en tantas piezas? Apartad de mí todo amor de criatura; no os deje de amar, ó ame menos cuanto amare á otra cosa. No agravie á vuestra Hermosura dejando entrar á la parte el amor de las criaturas. Baste, Señor, á mi voluntad lo que es suficiente á la vuestra. Vos os contentáis con Vos mismo, y yo no debo buscar otra cosa que me contente. No tengo que añadir otra bondad para llenar mi corazón: antes, si como tengo una voluntad tuviera cien mil, no os amara bastantemente. ¡Oh gran Dios! pues tan poco puedo amaros, dadme que no pierda nada; pues no os he amado hasta aquí, concededme ya que os ame siempre; dadme que sin comparación ni compañía os ame con un amor singular, no que sea común de dos cosas.